

Los gitanos como pretexto

MIGUEL
ANGEL
POZAS (*)



La economía clásica nunca fue partidaria de la distribución de la renta entre las clases desde edades. El padre de la misma, David Ricardo (1772-1823), dijo ya hace un siglo y medio largo que la clase trabajadora debe recibir la remuneración mínima para su supervivencia. Con palabras textuales: los salarios son «el precio necesario para permitir a los trabajadores subsistir y perpetuar la raza, sin aumento ni disminución». Poco tiempo después, Malthus proporcionó a la teoría económica y a la mentalidad clásica un argumento poderoso contra el amparo, tanto público como privado, y, en opinión de John Kennet Galbraith, economista destacado de nuestros días, rindió «un señalado servicio a quienes encuentran públicamente apropiado o personalmente económico omitir la ayuda a los infortunados».

El texto de Malthus en el que se apoya la anterior afirmación, que se ha convertido ya en un lugar clásico, dice que «no se conocen muchos detalles acerca de la población de Irlanda. Por tanto me limitaré a observar aquí que el cultivo creciente de la patata ha dado lugar a su rápida multiplicación durante el siglo pasado. Por la baratura de la raíz nutritiva y la pequeñez de la parcela que para este cultivo basta para producir en años ordinarios el alimento de una familia, sumada a la ignorancia y depauperación de los habitantes que les ha inducido a seguir sus inclinaciones sin otras perspectivas que la mera subsistencia inmediata, han fomentado hasta tal punto en matrimonio, que la población va aumentando más allá de lo que permiten la industria y recursos presentes del país». Si donde Malthus pone irlandeses, se usara la palabra desheredados o la expresión socialmente excluidos, el texto clásico podría dar mucho juego aún, y dejaría al descubierto la influencia que los principios de la economía clásica continúan teniendo todavía. El mismo Galbraith dice en otro comentario al mismo texto que «nadie consiguió de una forma tan completa como Malthus cargar sobre las espaldas de los pobres el peso de su pobreza o de liberar del mismo a los ricos». Hoy, cuando el estado de bienestar ha pasado a ser pieza básica del

capitalismo moderno, muy a pesar de los Van Mises y Von Hayek, de los Reagan y de las Thatcher, y hasta de los más conspicuos representantes del pensamiento único de andar por casa, los textos de la economía clásica pueden sonar rudos y despiadados; pero cuando menos se da uno cuenta, resurgen en toda su fuerza y recobran toda su vigencia a la hora de analizar, por ejemplo, por parte de algunos conservadores, el papel que desempeña una colonia de gitanos en una población y la respuesta que los ciudadanos en general, las autoridades municipales o las asociaciones cristianas en particular, han de darle a este problema.

La relación más específica del cristiano con la economía se desarrolló en torno a las leyes relativas al préstamo con interés. Lo importante, antes y ahora, fue el intento de tratar de introducir la ética en la economía a través de conceptos tales como la equidad y la justicia. Tomás de Aquino entonces y los papas en el último siglo han puesto el acento en la moralidad y la ética; pero el pensamiento económico se ha mantenido terne y ha tratado de reivindicar siempre su autonomía y sus propias leyes. Uno de los representantes de esta corriente, Pareto, decía que la economía ha de ser considerada como una ciencia y que, por lo tanto, hay que olvidarse de la injusticia y de la justicia, del dolor y las penalidades del sistema. Quienes no lo tienen tan claro como este economista, bien por otros motivos, tratan de hacer teoría casando las dos corrientes de pensamiento. Como no siempre lo logran, terminan cayendo en la crítica vana y hueca, y dejan la solución concreta de los problemas -el de los gitanos en este caso- a las autoridades públicas.

Por eso, cuando las soluciones que se adoptan, o cuando las medidas de bienestar social que se aplican para distribuir la renta disponible, chocan con alguna otra fibra sensible del pensamiento económico o de la mentalidad puritana e integrista al uso, vuelve a aflorar la pretensión de la economía de ser una ciencia arraigada en la necesidad de eludir toda responsabilidad por las injusticias o insuficiencias del sistema. Allá los pobres consigo mismos, nosotros hablamos de fórmulas, que diría Pareto. Allá los deshe-

redados con sus problemas, que no procreen tanto, como diría Malthus. Allá los débiles si tienen que vivir a la intemperie, que los catarros y las enfermedades servirán a la naturaleza para mejorar la especie, remacharía Herbert Spencer.

Cuando los pobres, los desheredados y los débiles son, además, gitanos, el problema económico y asistencial se complica al cargarse de las connotaciones racistas que recorren siglos de la historia patria, desde la pragmática de Medina del Campo de 1499 hasta que Carlos III derogó la discriminación real a la que había estado sometida esta raza. En este caso, algunos olvidan también que las ocupaciones de los gitanos -tratantes de ganado, esquiladores o herreros en la sociedad agrícola que acabamos de dejar atrás- han ido variando mucho con el correr del tiempo, y continúan variando aún. Hoy se dedican a ocupaciones propias de la sociedad actual. Pero nadie ignora que existe un sector marginal de gitanos que se mueve en los márgenes mismos de la ley, cuando no la quebranta decididamente. Para éstos no cabe otra opción que pedir se aplique en todo su rigor, especialmente cuando delinquen contra la salud pública y buscan sus mercados entre la población juvenil, la más expuesta a la plaga de la droga.

No estaría de más que la sociedad reflexionara el problema de los gitanos en este contexto amplio, antes de continuar haciendo del mismo un arma arrojadiza que se puede volver contra quienes la están usando; antes, también, de continuar convirtiendo al gitano en un pretexto para sacar a flote retazos de mentalidad económica y cristiana antañonas, cuando no rancias y superadas. No se puede -no se debería, por lo menos- olvidar que también hay gitanos en la capital o en Tomelloso, por poner dos ejemplos, y que en cada pueblo o ciudad se ensaya el modelo más apropiado de convivencia con esta raza que se ha injertado con fuerza propia en nuestro folklore y ha dado cuadros gloriosos a nuestra pintura.

(*) Miguel Angel Pozas es alcalde de Manzanares.

7-1-98 (La Tribuna)